

Capítulo 2, Tramo 7: ¿Por qué parecían ocurrir todas estas cosas en oleadas? - Druida del Centro (Libro 1, Resumen)

- Capítulo 2, Tramo 7: ¿Por qué parecían ocurrir todas estas cosas en oleadas? - Druida del Centro (Libro 1, Resumen)

Capítulo 2, Tramo 7: ¿Por qué parecían ocurrir todas estas cosas en oleadas? - Druida del Centro (Libro 1, Resumen)

Viajar a través de un árbol probablemente era el método menos favorito de Dante para desplazarse. Sentía que su sentido de identidad desaparecía momentáneamente, fusionándose con una fuerza primitiva y natural, para luego ser lanzado de regreso a la unidad y a la realidad atravesando otro árbol en el continente. La primera vez que lo hizo, había estado inconsciente, pero perder ese sentido de uno mismo mientras permanecía consciente resultaba claramente horrible e incómodo para él. Tanto que, al caer en una plaza abandonada en Rendhold y terminar sobre el duro pavimento, esto le resultó un alivio.

Se acomodó, miró sus manos, contó y flexionó los dedos para recuperar la compostura. Podía sentir que sus sentidos se habían agudizado tras su iniciación. Tenía una percepción general del estado vital con su locus, en Rendhold, que pintaba un cuadro claramente negativo de putrefacción y miseria. Se rio para sí, ya había sabido de esa situación sin necesidad de habilidades druidas.

Sintió una especie de atracción desde el árbol que tenía detrás, y se volvió para encarar su presencia. Era un árbol viejo, feo y marcado por el tiempo. Los extremos de sus ramas parecían puños cerrados y su madera era de un gris oscuro con matices pardos, pero, a pesar de su aspecto desaliñado, Dante percibió en él una presencia imponente. Sintió la vida latir en su interior, pulsando, aunque mucho más apagada que en sus tiempos de gloria. Mientras concentraba su atención en él, una vibración particular de esa vida viajó desde sus raíces hasta una rama cercana. Tenía el grosor de su antebrazo, y era apenas un poco más larga. Extendió la mano y la tocó, sintiendo que el árbol cortaba la corriente de vida que fluyendo hacia él, dejando un fragmento de sí mismo en esa rama. Dante dobló la rama, y ésta se rompió casi sin esfuerzo.

Sostuvo la rama en su mano. Presentaba un peso notable. No estaba seguro de qué lo había impulsado a tomarla, pero seguir sus instintos había sido la consigna del día, así que no cuestionó su decisión. La ajustó en su mano, pensando que si sólo era un poco más delgada en un extremo, sería al menos una buena porra.

Al pensar así, la rama se extendió, alargándose en el extremo más delgado hasta ajustarse perfectamente a su palma. Recordó cómo Lorna lograba hacer crecer y mover las hojas que usaba como vestimenta. Concentró su voluntad en la rama, esta vez imaginándola volviéndose delgada, flexible y envolviendo su brazo.

Gradualmente, obedeció su deseo, envolviéndose alrededor de su antebrazo derecho hasta parecer una especie de brazalete grotesco. Se dio cuenta de que cubría sus marcas, y le ordenó que dejara espacio para mostrarlas, lo cual hizo sin problemas.

Esto... esto tiene buenas posibilidades, pensó. Lo movió a su otro brazo, menos visible, para no estorbar. Miró hacia arriba, hacia el árbol del cual había obtenido la rama. Sintió que era como un regalo. Colocó su palma derecha sobre su corteza.

Gracias

Sintió una suave respuesta de reconocimiento por el agradecimiento y observó su entorno. Seguía siendo de noche, pero la luna comenzaba a descender lentamente. Necesitaba encontrar una calle conocida y comenzar a regresar en dirección a la Vixen. Era hora de comenzar a mover las cosas con determinación.

Dantes se desplazó hasta llegar a una zona que reconocía. No estaba en Midtown, sino que había sido llevado hasta el extremo suroeste de la ciudad. Caminar hasta los muelles tomaría más de una hora, pero no había mucho que reclamar por esa caminata, considerando que había viajado miles de millas en un instante. Se movió por las calles aún resbaladizas, viendo de vez en cuando la figura de algún lurker en un callejón, aunque en general esa sección de la ciudad estaba desierta. La zona suroeste estaba bajo control de los guardianes, donde se encontraba una de las puertas secundarias que daban ingreso a la ciudad. Claro, la ciudad se había expandido mucho más allá del antiguo muro, pero aún era uno de los principales puntos por donde pasaban las mercancías hacia o desde los muelles.

Aunque era aún temprano en el día, las calles solían estar mucho más concurridas, lo que lo ponía nervioso mientras caminaba. Aumentó la velocidad, atravesando callejones y dejando que su instinto de orientación lo guiara hasta que empezó a aproximarse al límite de los muelles. Allí comenzó a notar varias patrullas de guardias congregadas en la intersección de algunas calles principales. Se transformó en rata y se acercó junto a Jacopo para escuchar lo que sucedía.

“—a seccion por sección hasta que hayas despejado tu área; la ciudad quiere arrestos y tenemos que entregárselos, o será nuestro trasero lo que pagará,”

“Que no nos culpa a nosotros que los jodidos de la cárcel no hayan podido mantener en jaque a nuestros prisioneros,” murmuró uno de los guardias.

“No es culpa nuestra, eso seguro,” gritó el sargento, quien Dantes notó que al menos tenía rasgos de semiorco, algo que el guardia que murmuraba debería haber advertido y que ahora murmuraba más en voz baja. “Pero eso no importa. Todo el que vista un uniforme será culpado, y tenemos órdenes desde arriba, del Concejal General Krant, de detener a todos los que podamos.”

“¿Y cómo sabremos si hemos encontrado a un prisionero?”

“Bueno, algunos de ellos eran magos, por lo que llevaban collares en el cuello. Dicho esto, no importa si sabes que la persona es un prisionero o no. La ciudad quiere arrestos, así que asume que cualquiera que veas aquí y que parezca sospechoso debe ser detenido.”

“¿Y dónde los vamos a meter? La Prisión Subterránea no parece opción, ya que acaban de fugarse,”

“Los estamos encerrando en las cárceles de retención por ahora. ¿Alguna pregunta más, o ya están cansados de excusas y listos para partírle la cabeza a alguien?”

“¡Partamos cabezas, señor!” gritaron en conjunto la mayoría de los guardias, y comenzaron a recorrer las calles con velocidad.

Dantes permaneció en forma de rata hasta una buena distancia de ellos, then volvió a su forma habitual. Otro intento de fuga de prisión, y muchos de los que escaparon estaban marcados con el collar. Eso explicaba las calles vacías. ¿Había escapado Wane? ¿Y Merle? Su propia fuga no había provocado una respuesta tan intensa, lo que le indicaba que esta vez habían logrado escapar más personas, y ya no podían mantener en secreto la situación. Necesitaba más información y comenzar a buscar a cualquiera de sus compañeros presos. Quería ayudar a quienes conocía, pero aún más, existían oportunidades en ese momento. Podría usar sus habilidades para colaborar en el contrabando de personas fuera de la ciudad, cobrando un precio. También existía la posibilidad de que algunos de sus enemigos, con quienes había tenido problemas, también hubieran escapado del foso. A esos también querría mantenerles el seguimiento.

Se llevó un momento para frotarse las sienes y se permitió un solo lamento: “Pobre de mí”. ¿Por qué parecía que todo sucedía en oleadas? Si enfrentara un problema a la vez, sería muchísimo más sencillo de manejar. Dejó atrás esa autocompasión y decidió seguir adelante. Quedaba lo que fuera que estuviera ocurriendo; él debía regresar con la Vixen.

Llegó justo al amanecer, adoptando frecuentemente la forma de rata para evitar a las patrullas de guardias, aunque, en realidad, ni siquiera en pie resultaría difícil esquivarlos. La ciudad era demasiado grande para que la guardia pudiera ejercer un control absoluto, siempre lo había sido. La guardia se dedicaba más a proyectar la ilusión de dominio y a imponer la voluntad del sector alto sobre todos los demás. Es cierto que había guardias que trabajaban fuera de los muros y realizaban tareas de defensa, pero casi parecían una entidad aparte.

La Vixen permanecía cerrada, con solo un suave resplandor de una vela en una de las ventanas, pero Dantes vaciló. Algo no olía bien, y pudo sentir cómo se erizaban los cabellos en la nuca. Se transformó en rata y empezó a dar vueltas alrededor del edificio. Encontró a un hombre en la azotea, al otro lado de la calle, observando la entrada. Una mujer con una ballesta se mantenía alertando en el callejón tras el edificio, y un tercer hombre, que percibió a través de una cucaracha, vigilaba la puerta principal con un varita en mano. Un odio ardiente se acumuló en él, pero se contuvo. No olía a sangre, y podía ver que todas las mujeres de la Vixen estaban bien, incluso Zilly empezaba a limpiar la sala principal, ignorando al hombre con la varita.

Habían descubierto a Dantes, y probablemente por Mondego. Si hubiera sido la guardia, no habrían sido tan sutiles. Sin embargo, no podía dejar allí todas las cosas que había escondido bajo las tablas del suelo, y también necesitaba asegurarse de que Vera y las niñas estuvieran a salvo. En el peor de los casos, tendría que acabar con los matones y sacarlas de allí. Pero tenía la corazonada de que Vera tendría otros planes.